

Laura Gallego

EL BESTIARIO DE AXLIN

Guardianes de la Ciudadela I



montena

Las pesadillas de Axlin eran seis: los galopantes, las pelusas, los dedoslargos, los nudosos, los crestados y los robahuesos. Había sido así desde que tenía memoria, y por esa razón nunca se había planteado la posibilidad de que pudiera existir otro tipo de horrores más allá de la empalizada del enclave en el que vivía.

Su visión del mundo, no obstante, cambió la tarde en que conoció a Ixa y Rauxan.

Por aquel entonces, Axlin tenía ya nueve años y muchas responsabilidades en la comunidad. Cuando los centinelas anunciaron la llegada de los visitantes, sin embargo, dejó en el suelo el cesto medio lleno con las vainas de guisante que estaba recolectando y corrió hacia la puerta con los demás niños. Como de costumbre, y debido a la cojera que arrastraba, llegó la última, pero a nadie le importó.

Los adultos mantuvieron a los niños a una prudente distancia de la entrada, a pesar de que los centinelas nunca abrían el portón interior sin haber cerrado antes el exterior. Ellos aguardaron allí, obedientes y expectantes. Muy pocas veces recibían visitas; por lo general solía tratarse de buhoneros que arriesgaban sus vidas para

viajar por los enclaves ofreciendo objetos, alimentos y materiales que no eran fáciles de encontrar en otros lugares. Por esa razón, todos se sorprendieron al ver entrar a una muchacha de unos doce años, seguida de un chico algo menor que ella. Los acompañaba un hombre adulto, pero los niños del enclave ya no se fijaron en él. Todos, incluida Axlin, lanzaron una exclamación de asombro y temor al ver a la chica. Nixi estalló en lágrimas.

Ella se detuvo y los contempló, desorientada.

—Se la llevarán los dedoslargos, se la llevarán los dedoslargos... —lloriqueaba Nixi; y el pequeño Pax, que no entendía qué estaba sucediendo, se echó a llorar también.

Axlin los abrazó a ambos para consolarlos, pero no podía apartar la mirada de la recién llegada. Jamás había visto una cabellera tan larga y tan rubia como la suya. Inquieta, se pasó los dedos por su propia cabeza, apenas cubierta por una corta pelusilla de color negro.

—¡Ixa! —dijo el otro chico, acercándose a la muchacha rubia—. ¿Qué pasa? ¿Por qué nos miran así estos niños pelones?

También él lucía unos desconcertantes rizos pelirrojos, y Axlin se preguntó cómo era posible que siguieran con vida todavía.

Tux se abrió paso y se plantó ante los recién llegados, con los brazos cruzados ante el pecho. Tenía casi trece años y no tardaría en abandonar la cabaña de los niños para ir a vivir con los adultos.

—No podéis llevar el pelo largo —informó con firmeza—. Si queréis pasar la noche aquí, tendréis que cortároslo como nosotros.

Ixa lanzó una exclamación, consternada, y se recogió el cabello con ambas manos, como si pretendiese protegerlo de las insidiosas intenciones de aquellos «niños pelones».

—¿Quién te crees que eres para darnos órdenes? —protestó el pelirrojo.

Tux no respondió ni movió un solo dedo.

—No nos cortamos el pelo por capricho —intervino Xeira

con suavidad, sin comprender por qué tenía que explicar algo tan obvio—. Es la única forma de evitar que se nos lleven los dedoslargos. ¿O es que vosotros conocéis alguna otra?

—¿Dedoslargos? —repitieron a dúo los forasteros, desconcertados.

—Ixa, Rauxan —los llamó entonces el hombre que los acompañaba.

Había estado hablando con Vexus, el líder del enclave, mientras los niños conversaban. Axlin se fijó en que tampoco él cumplía las normas referentes al cabello. No lo llevaba demasiado largo, pero necesitaba afeitarse la barba con urgencia.

Se reunió con ellos y dirigió una mirada pesarosa a los «niños pelones».

—Tenéis que rasuraros la cabeza vosotros también —informó a los suyos—. Es una norma del enclave.

A Ixa se le llenaron los ojos de lágrimas y Rauxan puso mala cara, pero ninguno de los dos protestó. Al fin y al cabo, todo el mundo cumplía las normas de los enclaves. Eso era algo que estaba fuera de toda discusión.

Los otros niños los siguieron con curiosidad y se quedaron a observar mientras les cortaban el pelo. Cuando los bucles rubios de Ixa comenzaron a caer en cascada a su alrededor, la muchacha ya no lloraba; se mantenía en silencio, pálida y asustada.

Cenaron todos, como tenían por costumbre, antes de la puesta de sol. Mientras preparaban las mesas, Axlin regresó a donde había tenido lugar el corte de pelo para apropiarse de uno de los mechones de Ixa, que alguien había barrido y acumulado en un rincón, junto con los rizos rojizos de Rauxan y los restos de la barba del forastero adulto, que ya sabía que se llamaba Umax. No tenía muy claro por qué lo hacía. Estaba convencida de que ella jamás se dejaría crecer tanto el pelo, y tampoco lo deseaba.

Había una idea, sin embargo, que no cesaba de dar vueltas en su mente, aunque no fuera capaz de darle forma.

Aquella niña, con el cabello tan largo..., aquellas personas... seguían vivas.

Eso significaba algo, aunque Axlin no podía alcanzar a deducir de qué se trataba. Guardó el mechón rubio entre sus tesoros más preciados antes de correr, renqueante, a reunirse con los demás.

Los niños forasteros no se sentaron junto a ellos en la cena. Se mantuvieron junto a Umax, serios y en silencio, sin acabar de acostumbrarse a su nuevo aspecto.

Los niños del enclave, en cambio, no hablaban de otra cosa.

—¿Cómo es posible que llevaran el pelo tan largo? —planteó Xeira, todavía desconcertada—. ¿Quiénes son? ¿Y de dónde vienen?

—He oído que su enclave fue destruido hace unas semanas —informó Tux en voz baja, para que no lo oyeran Pax y Nixi, los más pequeños—. Solo ellos tres han sobrevivido.

Axlin y Xeira lanzaron exclamaciones de horror y conmiseración.

—¿Fueron los dedoslargos?

—No lo creo. —Tux reflexionó—. Es posible que no haya dedoslargos en el lugar de donde vienen.

—¿Existe un lugar donde no hay dedoslargos? —preguntó Axlin, fascinada; se pasó de nuevo la mano por la cabeza, preguntándose si podría dejarse crecer el pelo allí.

—No lo sé. Es posible.

—Pero, aunque no tuvieran dedoslargos —murmuró Xeira—, había otros monstruos a los que no pudieron vencer.

Los niños contemplaron de nuevo a Ixa y Rauzan. Ahora ya no se mostraban tan arrogantes, y la noticia de su tragedia los había conmovido.

—¿Pueden hacer eso los monstruos? —preguntó Axlin con timidez—. ¿Pueden destruir un enclave entero?

Los niños cruzaron miradas tensas, repletas de inquietud.

—Ha pasado algunas veces —respondió Xeira—, pero a no-

sotros no nos sucederá. Sabemos cómo defendernos de todos los monstruos.

No obstante, apenas un rato más tarde descubrió que aquello no era verdad.

Ixa y Rauxan fueron alojados en la cabaña de los niños. No pusieron ningún reparo, dado que su antiguo enclave se había organizado de la misma forma: la casa más segura de la aldea, la más sólida y mejor defendida, se alzaba justo en el centro, lejos de las empalizadas, y era allí donde vivían los niños menores de trece años y las madres con sus bebés. Cuando estos alcanzaban el año de edad, sin embargo, las madres regresaban a las casas de los adultos, que formaban un cinturón protector en torno a la cabaña central, y sus hijos quedaban al cuidado de los muchachos mayores. Así, los niños crecían sin saber a ciencia cierta quiénes eran sus padres, y los padres se desvinculaban enseguida de los hijos que habían engendrado. Todos eran hermanos entre ellos. Todos los adultos ejercían como padres, y todos los niños eran hijos del enclave.

En la época en que llegaron Ixa y Rauxan vivían en la cabaña cinco niños. También se alojaban con ellos Kalax y su bebé de tres meses. No eran muchos, y precisamente por eso el enclave los protegía con uñas y dientes. Era sumamente difícil sobrevivir a la infancia, llegar a la edad adulta y aportar una nueva generación a la comunidad. Se trataba de algo que los niños mayores sabían muy bien, aunque nunca hablaran de ello.

Hicieron sitio a los recién llegados y prepararon catres para ellos. Ixa examinaba la estancia con aprensión. Cuando alzó la vista al techo, lanzó una exclamación de horror.

—¡Rauxan, no podemos dormir aquí!

Su amigo siguió la dirección de su mirada y compartió su alarma. Los otros niños tardaron un poco en convencerlos de que no se marcharan, y en comprender que echaban de menos algo llamado «red contra babosos».

—¿Qué es la red contra babosos? —quiso saber Nixi.

—¿Qué son los babosos? —preguntó Axlin a su vez.

Los nuevos las contemplaron sin dar crédito a lo que oían.

—¿No sabéis lo que son los babosos?

No tuvieron ocasión de contestar, porque Kalax entró en aquel momento y los mandó a todos a la cama. Los niños obedecieron y ejecutaron los rituales de costumbre, en orden y en silencio. Hubo algunos murmullos cuando los forasteros extrajeron de sus equipajes unos calcetines gruesos y burdos que despedían un olor penetrante. Se los pusieron casi de forma automática, sin prestar atención a las miradas perplejas que cruzaron los demás.

Solo cuando juzgó que sus pies estaban convenientemente protegidos, Ixa alzó la cabeza y contempló a sus anfitriones con gesto incrédulo.

—Es por los chupones —les explicó, como si fuera obvio.

—Shu-pooo-nees —repitió Pax con su lengua de trapo.

Tux negó con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

Ixa comenzaba a enfadarse.

—No te creo. He visto que esa niña cojeaba —añadió, señalando a Axlin—. Te atacaron los chupones, ¿verdad? No tienes por qué avergonzarte si te faltan algunos dedos; en nuestro enclave había supervivientes que estaban mucho peor que tú.

Sus palabras pretendían ser amables, pero Axlin reaccionó con desconfianza.

—No me falta ningún dedo, muchas gracias —replicó, retrocediendo un poco sobre su catre.

Ixa lo tomó como un desafío a sus palabras.

—No te creo —repitió—. Vamos, enséñame ese pie —demandó, y se lanzó sobre ella.

Tras un breve forcejeo, logró sacar el pie descalzo de Axlin de debajo del embozo. La niña lanzó una risita mientras Ixa lo alzaba en alto para verlo bien.

—Para, para, me haces cosquillas.

Pax rio también, encantado, creyendo que era un juego. Pero fue el único.

—¿Lo ves? —intervino Xeira, un tanto molesta—. Axlin tiene todos los dedos. Si cojea, no es por culpa de esos chupones de los que hablas.

—La atacó un nudoso cuando tenía cuatro años —explicó Tux.

Ixa soltó el pie de Axlin, avergonzada.

—Oh —dijo solamente—. Lo siento.

La forma en que lo dijo dejó patente que sí conocía a los nudosos. Tux, sin embargo, creyó conveniente completar la explicación:

—La cogió por el tobillo y tiró de ella para hundirla en el suelo. Y se la habría llevado si Vexus no lo hubiese visto a tiempo. Consiguí retenerla, pero el nudoso la había agarrado con tanta fuerza que le destrozó el tobillo. No ha vuelto a caminar bien desde entonces.

—Lo siento —repitió Ixa.

Axlin había vuelto a cubrirse con el embozo, y se encerró en un silencio ofendido. Kalax aprovechó para poner orden.

—No se habla de monstruos antes de dormir —les recordó—, y mucho menos delante de los más pequeños. Voy a apagar la luz y, cuando lo haga, quiero que todos estéis acostados y en silencio.

Los niños obedecieron. Kalax apagó la lámpara, y durante un buen rato solo se oyó el sonido de su bebé mamando con fruición. Después el pequeño eructó, lloriqueó un poco y por fin se durmió.

Axlin, en cambio, se sentía incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en lo que Ixa les había dicho. ¿Babosos? ¿Chupones? Nunca había oído hablar de ellos; el hecho de que existieran monstruos desconocidos, contra los que no sabía cómo defenderse, la llenaba de inquietud.

Un rato más tarde oyó la voz de Tux, que susurraba en la oscuridad:

—¿Ixa? ¿Estás dormida?

—No —respondió ella en el mismo tono.

—Yo tampoco —informó Rauxan.

—Ni yo —añadió Xeira.

—¿Y Kalax y los pequeños? —siguió indagando Tux—. ¿Se han dormido ya?

Se oyó un rumor de sábanas mientras los niños se acercaban en silencio a comprobarlo. Axlin cerró los ojos con firmeza, porque a sus nueve años no sabía si la incluirían o no en la categoría de «los pequeños». Y quería saber qué se traía Tux entre manos.

—Todos dormidos —informó Xeira en voz baja; tal como Axlin había sospechado, no contaban con ella para su pequeño conciliábulo—. ¿Por qué querías saberlo?

Tux no respondió enseguida. Axlin aguardó, intrigada, mientras fingía que dormía profundamente.

—Esos chupones de los que hablabas, Ixa... —dijo el chico al fin—, ¿cómo son?

Las otras niñas contuvieron el aliento, entre aterradas y fascinadas. Fue Rauxan, sin embargo, quien respondió en un susurro:

—Yo nunca los he visto, aunque los he sentido varias veces.

—Yo sí que vi uno, una vez —dijo Ixa—. Estaba rondando en torno a mis pies, le di una patada y salió corriendo a esconderse bajo la cama. Pero como estaba oscuro, no pude apreciarlo bien.

—¿Cómo era de grande? —quiso saber Tux.

—Como una rata, más o menos. No obstante, lo peor de los chupones no es su tamaño.

Hizo una pausa, pero nadie se atrevió a apremiarla para que continuara.

—Los chupones —prosiguió por fin— llegan por las noches, cuando todo el mundo está durmiendo. No importa cuántas trampas o barreras inventes para detenerlos, ellos siempre se las

arreglan para entrar en las casas de todas formas. Se meten en tu cama y empiezan a comerte los dedos de los pies. Y tú no te enteras, porque no lo sientes. Hay algo en su saliva que calma el dolor para que no te despiertes con los mordiscos. Así se pueden pasar toda la noche, y primero se comen los dedos de tus pies, luego tus pies, después los tobillos, las pantorrillas... Algunos se despiertan a tiempo y solo pierden un par de dedos. A otros los sorprendió la mañana desangrándose en sus camas, sin piernas.

Los otros niños escuchaban, mudos de horror. Axlin se estremecía, acurrucada bajo las mantas. Dobló las rodillas, tratando de proteger sus pies de aquel enemigo desconocido.

Rauxan tomó entonces la palabra:

—La única manera de evitarlo es usar unos calcetines especiales. Los hacemos con lana de cabra y los lavamos a menudo con jugo de cebolla; por eso huelen tan raro. Pero a los chupones no les gusta. Si se meten en tu cama y llevas puestos estos calcetines, bien ajustados para que no te los puedan quitar, se limitarán a chuparte un poco los dedos de los pies a través del tejido. Y después se marcharán, porque el sabor a cebolla les da mucho asco, y el tacto de la lana les produce picores en la nariz.

Los niños se rieron bajito.

—No sabemos si es exactamente así —matizó Ixa—. Pero sí está claro que nuestros calcetines no les gustan. Todos en nuestro enclave sentimos alguna vez a los chupones lamiendo los dedos de nuestros pies y, sin embargo, la mayoría de nosotros los conservábamos, por suerte, así que los calcetines funcionan de verdad.

—Nosotros también notamos a los dedos largos cuando vienen por la noche —dijo Tux—. Se deslizan entre las camas como sombras y te pasan las manos por la cara y por la cabeza, buscando tu pelo. Sus dedos son húmedos y fríos. Parece que te acaricien, pero es horrible sentir su tacto sobre la piel. A pesar de eso, si los notas, lo mejor es hacerte el dormido. Porque si no tienes pelo, se marcharán.

Hubo murmullos de asentimiento, mientras los niños forasteros escuchaban, sobrecogidos.

—¿Y qué pasa si encuentran un niño con el pelo largo? —se atrevió a preguntar Rauxan.

—Niño o adulto, les da igual —puntualizó Xeira—. Lo agarran por el pelo y se lo llevan a rastras hasta su madriguera para devorarlo. Si te coge el dedoslargos, no importa cuánto llores, grites o patalees, no te vas a poder soltar. Además corre tan deprisa, incluso con su presa a rastras, que nadie puede alcanzarlo para rescatarla. La gente a la que se lleva el dedoslargos no vuelve nunca más.

—Yo he oído decir —añadió Tux— que una vez una patrulla encontró la madriguera de un dedoslargos. Consiguieron matarlo y rescataron los restos de todas las personas a las que se había llevado. Contaron ciento doce cráneos entre niños y adultos.

Axlin inspiró hondo. Nunca había oído contar esa historia.

—Eso debe de ser un bulo, Tux —objetó Xeira—. No hay ningún enclave tan grande.

—No; pero, si el dedoslargos llevaba allí muchos años, tal vez siglos..., sí habría podido llevarse a toda esa gente. Sin embargo, eso no fue lo peor que encontraron en la madriguera.

—¿Ah, no?

—No. Además de los huesos de sus víctimas, el dedoslargos también guardaba sus cabelleras. El pelo de todas aquellas personas, arrancado de cuajo, atado con cuerdas y ordenado por colores, del más claro al más oscuro. Había ciento doce cráneos y ciento doce matas de pelo. El dedoslargos las había guardado todas.

Los niños guardaron silencio y contuvieron la respiración, como si pudieran oír los pasos del dedoslargos deslizándose entre las sombras de la habitación.

—Y por esa razón —concluyó Tux—, en este enclave nos cortamos el pelo de esta manera. Desde que lo hacemos, los dedoslargos no se han llevado a nadie más.

—Y aun así todavía vienen algunas noches —añadió Xeira—. Los sentimos entre nosotros, notamos sus dedos en la cara y a veces oímos su respiración muy cerca del oído. Nos acarician la cabeza e intentan cogernos del pelo, pero no pueden. Y entonces se van.

Ixa y Rauxan escuchaban con atención. Por fin, la muchacha dijo:

—Entiendo. Gracias por insistir en que nos cortásemos el pelo. En nuestro enclave, nunca habíamos oído hablar de los dedoslargos.

—Pero sí de los nudosos —se defendió Rauxan, como si se sintiera en la obligación de hacerlo—. Y vosotros no conocíais a los chupones, después de todo.

—¿Fueron esos chupones los que destruyeron vuestro enclave? —quiso saber Tux.

—¡Tux! —lo reprendió Xeira, escandalizada. Pero los forasteros no se molestaron.

—No —respondió Ixa en voz baja—, fueron los escuálidos. Aprovecharon una mañana de niebla muy densa para organizar un ataque. Encendimos las fogatas para repelerlos, como de costumbre, pero entonces se puso a llover con fuerza y las hogueras se apagaron. Mientras intentábamos encenderlas de nuevo, abrieron un hueco en la empalizada y entraron en el enclave. Eran muchos, y estaban muy hambrientos. Nosotros nos salvamos porque a mediodía salió por fin el sol, y los escuálidos corrieron a esconderse. Si la niebla hubiese tardado más en levantarse, nos habrían devorado a todos.

Nadie dijo nada. Tampoco habían oído hablar nunca de los escuálidos, pero ni Tux ni Xeira se atrevieron a preguntar. Bajo las mantas, Axlin temblaba de terror.

—Murieron diecinueve personas —siguió relatando Rauxan, con voz extrañamente desapasionada; como si, describiendo los hechos de aquella manera, el horror fuera un poco menos horri-

ble—. Trece adultos y seis niños. Sobrevivimos nosotros tres, y otros dos adultos que se han quedado por el camino. A uno se lo llevó un piesmojado y a la otra la mataron los crestados.

La voz de Rauxan se apagó; Axlin oyó los suaves sollozos de Ixa desde el catre contiguo, y el terror que sentía se hizo más grande, amenazando con devorarla desde dentro. Tras unos instantes de silencio sobrecogido, pareció que Tux iba a añadir algo, pero entonces se oyó la voz de Kalax desde el jergón que ocupaba junto a la puerta:

—Chicos, ¿todavía no os habéis dormido? ¿Qué os pasa?

—Nada, Kalax —respondió Tux—. Es que los nuevos echan de menos su casa.

—Es natural —respondió ella en un susurro—. Tratad de dormir y manteneos en silencio, o despertaréis a los pequeños.

Nadie dijo nada más aquella noche. Los recién llegados, agotados tras tantas emociones, terminaron por dormirse. Sin embargo, Axlin fue incapaz de pegar ojo. Aquellos niños forasteros habían sembrado su mente de nuevos horrores, como si los espantos cotidianos no fueran ya suficientes. No podía dejar de mover sus pies descalzos, echando de menos las prendas de lana de cabra que ahuyentaban a los chupones, y que nunca antes había necesitado. También pensaba en aquellas nuevas criaturas que llegaban para aumentar el catálogo de sus pesadillas: los escuálidos, los babosos, los piesmojados. No sabía cómo eran aquellos seres, ni de qué nuevas y retorcidas formas exterminaban a los humanos; pero eso no los hacía menos terribles, sino al contrario.